

XXXII.

éis, la doctrina y todos los beneficios espirituales que habian recibido de Jesucristo, estaban exigiendo una consagracion absoluta, una exquisita solicitud para santificar el arte y la naturaleza; y escrupulisaron tanto sobre este punto, que creian no haber hecho nada mientras faltase algo que hacer. He aqui la razon por qué sus obras producen todavía tan admirables trasformaciones, por qué todavía corren nuestras lágrimas, y por qué nuestras facultades todas quedan satisfechas hasta la plenitud á tiempo de egercitarse en unas producciones tan insignes. Bourdaloue habla; y la razon le abandona la mas dulce victoria: Bossuet pinta; y bajo su pincel desaparece el oro de las coronas, la frescura de los laureles guerreros, y todas las imágenes encantadas del siglo: Massillon truena; y el vicio salva despavorido los atrios del Santuario, y la virtud halla un trono en el corazon, y el arrepentimiento multiplica, en el silencio profundo de la conciencia, los Publicanos, las Magdalenas y los Agustinos. He aqui, Señores, lo que espera la religion de sus Ministros, y lo que exige de aquellos que estan á la cabeza de los futuros eclesiásticos; y he aqui las consideraciones poderosas que determinaron al Illmo. Señor Don Juan Cayetano Portugal á establecer aqui la cátedra de elocuencia. A ejemplo del Sr. Benedicto, ha creído siempre que no basta la enseñanza didáctica para sacar todo el provecho de la palabra divina; que los talentos oratorios necesitan de cultivarse, y que este cultivo indispensable consiste, no solo en traducir medianamente el latin, tartamudear algunos silogismos y aprender un compendio de moral; sino en elevarse hasta los principios de las ciencias, tomarlos en las fuentes purísimas de las Santas Escrituras, repasar á la luz de la historia todos esos acontecimientos memorables, todas esas vicisitudes tremendas y todos esos triunfos gloriosos que llenan los anales de la Iglesia; en adquirir un sano criterio para sacar una inmensa copia de

XXXIII.

doctrina en el estudio del hombre moral; y finalmente en poseer y dominar la lengua propia, no solo como un fiel intérprete del raciocinio, sino como el espejo claro de una rica imaginacion y el órgano de los grandes sentimientos. ¡Ojala y que viviendo en un pais tan culto como el que gobernaba el Señor Benedicto, tuviera la satisfaccion de anunciar que habia escogido excelentes profesores! Pero reducido á la mayor indigencia, no ha hecho mas que buscar instrumentos de propagacion á sus planes grandiosos; y comunicar su amor á la juventud y su entusiasmo por el progreso de las ciencias á cierto número de jóvenes, que trabajan á par de sus discipulos, y han tenido que estudiar juntamente con ellos los nuevos ramos que han venido á establecerse. Sin embargo, lo que se ha hecho hasta aqui, muy pequeño en sí mismo considerada la perfectibilidad y estension del arte, ha sido mucho, atendida la carencia absoluta en que nos hallabamos de semejantes estudios. Pero calificar con exactitud el valor de nuestros trabajos no nos pertenece á nosotros. Deteniéndonos, pues, dentro de los límites que nos prescribe nuestro deber, darémos una idéa del método que se ha seguido en esta cátedra, esperando con tranquilidad el fallo respetable y decisivo de la opinion.

SEGUNDA PARTE.

Apenas hay uno medianamente versado en la historia de las letras, que no reconozca el método como la piedra de toque en el progreso de la

XXXIV.

filosofía y de la literatura. Un método extraviado y caprichoso agobia las fuerzas intelectuales y las conduce por fin á un estado peor todavía que la ignorancia; y las antiguas sectas filosóficas y el flujo y reflujo de las opiniones mas absurdas y las épocas de decadencia que han sucedido á los mas bellos siglos, no reconocen por ventura una causa mas principal que el extravío de los métodos. Al contrario, cuando estos son exactos, el entendimiento ve prolongarse delante de sí un horizonte indefinido y puro que recorre á pasos gigantes y que domina con la vista hasta en el último de sus objetos. El método es en las ciencias lo que la mecánica en las artes: multiplica el número de los descubrimientos, y economiza las fatigas del trabajo. Esta verdad, cuya confirmacion se encuentra donde quiera, nos determinó desde el principio á elegir un sistema de enseñanza que produjese los resultados mas importantes en la educación literaria de la juventud.

La primera innovacion que se hizo en este punto fué no admitir á la cátedra de elocuencia sino á los jóvenes que hubiesen estudiado el curso de filosofía; ó cuando menos las instituciones de Lógica y Metafísica. „Este es el tiempo en que el juicio de los jóvenes comienza á madurar; en que el estudio de la crítica, con aplicacion á los objetos naturales, modelos acabados de exactitud y correccion, ha empezado á formar aquel tacto fino y delicado en que consiste la esencia del buen gusto: esta es la época, en que un ingenio lozano se apresura á ensayar sus fuerzas en composiciones bizarras, cuyas formas audaces son, á juicio de Quintiliano, pronóstico seguro de la mas alta perfeccion. *Volo se se efferat in adolescente foecunditas, multum inde decoquent anni.....Audeat haec aetas plura, et inventis gaudeat.*” (*) ¿No tiene cierto carácter de

(*) En estas pocas líneas se contienen las razones principales que aulorizan esta innovacion. Esta

XXXV

ridículo destinar el tiempo de la gramática para el estudio de la bella literatura? ¿Qué, unos rudimentos casi mecánicos, unas facultades en extremo torpes, una reflexion todavía no conocida y mucho menos desarrollada, una carencia absoluta de los principios elementales de la filosofía, seran los requisitos suficientes para penetrar en la parte científica, delicada y bella de los idiomas? No pensaba de esta manera el juicioso Quintiliano, á quien hacian tanta fuerza los abusos ya introducidos en su tiempo, que en una parte de sus instituciones manifiesta que entre la Gramática y la Retórica deben mediar cierta clase de conocimientos científicos; y en otra repocha enérgicamente á los maestros de gramática, el que traspasando los límites de su oficio, se introduzcan á la Retórica. (*) Si algunos pues entienden, que hemos obrado mal, y no por otro principio que el de la innovacion, sepan que no hemos hecho sino escuchar y obedecer una voz muy respetable que se hizo oír en el universo literario mas há de diez y ocho siglos. A tres cosas puede reducirse cuanto se refiere al método que vamos á dar á conocer; que son: la eleccion, la explicacion y la aplicacion del texto. Aunque sobre esta materia se ha escrito tanto y tan bueno, no solo en España, sino tambien en Francia, en Italia y en Inglaterra, que á primera vista ofrece mil embarazos la eleccion de una obra que sirva de texto, no tuvimos que trabajar mucho nosotros, por que el ARTE DE HABLAR EN PROSA Y VERSO, compuesto por D. JOSE GOMEZ HERMO-

circunstancia y la satisfaccion que nos causa ver justificadas por la experiencia las ideas de su autor, nos determinó á confirmar las nuestras con este rasgo tomado de la alocucion con que cerró el año escolar de 835 el Sr. Lic. D. Mariano Rivas, Rector del Seminario.

(*) *Instit. Orat. lib. 1.º cap. 7.º y lib 2.º cap. 1.º*

XXXVI.

SILLA, nos presentaba una ventaja incontestable sobre los otros; y era la integridad de su plan y la filosofía de su método.

No puede negarse que el Doctor Hugo Blair trata muchas cuestiones de una manera bastante filosófica y profunda; pero tampoco debe desconocerse cierta irregularidad en el conjunto y sobre todo, que esta misma copia de doctrina y esta metafísica sublime alejan mucho del objeto á la juventud, para la cual es inconcusamente perdido cuanto no lleva el carácter de elemental. Unas instituciones dirigidas á ofrecer las primeras ideas sobre cierta materia, deben, lejos de agotarla, distribuirla con mucha economía, reduciéndola á los principios mas necesarios, y no salvando en la exposicion de estos ninguna de las ideas intermedias. Lo mismo es recargar la materia, que agobiar la memoria, debilitar la energia de las otras facultades y disminuir la fuerza activa de la reflexión; y lo mismo es salvar ideas intermedias, que perder la esperanza de ser entendidos. Unos tratados como los de Blair, Bateux, Maury y otros varios, son utilísimos sin duda para los que tienen ya cierta clase de instruccion, mas no para los jóvenes que todavía no estan iniciados en la materia.

Don Francisco Sanchez Barbero peca sin duda por el extremo de lo diminuto, y por otra parte no acertó á darnos un sistema filosófico, capaz de satisfacer á la razon. Con alguna frecuencia pinta mas bien que define; mas bien declama que instruye; y desdeñando ser lánguido y frio cuando trata de la elocuencia y de la poesia, prefiere de ordinario cierto calor facticio que evapora todo cuanto se dice. No puede atribuirse este defecto al erudito catalan Don Antonio Capmany; antes bien, conocedor como muy pocos de los escritores de su patria, ha sabido dárnoslos á conocer de una manera que honra tanto sus profundos conocimientos en la lengua castellana, su discernimiento in-

XXXVII.

comparable; su crítica filosófica, su habilidad para entresacar lo bello y de primer orden de entre muchas deformidades; cuanto á una nacion tan digna de figurar en la Europa literaria, como de llevar el pendon en la Europa guerrera. Pero ni la FILOSOFIA DE LA ELOCUENCIA, ni el TEATRO DE LA ELOCUENCIA ESPAÑOLA, ni ambas obras unidas, daban el lleno á nuestros deseos, puesto que en la primera todo está circunscrito á la oratoria, y en ambas nos quedamos en la misma ignorancia respecto de los principios y tesoros de la poesia.

Gomez Hermosilla comienza por elegir un plan universal, comprendiendo bajo el título de ARTE DE HABLAR cuanto puede referirse á la expresion de nuestros pensamientos. La metódica exposicion de las verdades de las ciencias, los medios de suplir la falta de los ausentes cuando ardemos en deseo de hablar con ellos; los anales, los fastos, las memorias, la historia en fin, este fidelísimo espejo donde se reflejan constantemente los siglos presentes y pasados; la merecida alabanza de tantos claros varones que legaron á la posteridad una vida eminentemente social, ó á la Iglesia un ejemplo vivo de virtud y edificacion; las nobles defensas que ofrecen á la inocencia una egida, ó las acusaciones vehementes que levantan un patibulo al malvado; y en fin, esos discursos, cuya fuerza poderosa rinde y humilla las pasiones, extiende y perpetua el reynado de la virtud, trasforma el corazon y levanta el espíritu á sus destinos inmortales: la poesia, que al influjo soberano de sus melodiosos conciertos, dulcificaba las costumbres feroces de los primeros pueblos; que embellecia las florestas y los bosques para ofrecer un delicioso é inocente recreo á los primeros pastores, que derramaba tantos atractivos sobre el trabajo de los campos, encantando desde la tosca reja hasta la mies dorada; que estrechaba los vínculos sociales, entonando sus himnos á los placeres de la mesa, al vencedor de los juegos olímpicos, al arbolillo, á la copuda encina, al arro-

XXXVIII.

ya el manso, ó al caudaloso río; en fin, que perpetua los ecos de universal aclamacion que suceden á los triunfos admirables, para dar hermanos ó descendientes á los capitanes ilustres: en una palabra, los cuadros que nos revela nuestra fantasia, los sentimientos que nos inspiran nuestras pasiones, los designios que nos hace concebir el deseo de ser útiles y todo cuanto deposita nuestra alma y todo cuanto profiere nuestra lengua, está comprendido en el plan general de Gomez Hermosilla.

Esta universalidad era ya un título muy justo de preferencia; mas el tratado que nos ocupa tiene ademas una recomendacion de primer orden, y es la exactitud y facilidad de su método. Todo está ligado á una idea demasiado simple, y que fluye naturalmente de las nociones mas comunes de la ideología. Se sabe muy bien que todas las cosas que pueden caer bajo la especulacion tienen puntos de contacto y puntos de separacion, atributos comunes y cualidades características. ¿Por que habia de exceptuarse de esta ley el arte de hablar? Quanto puede referirse á él se llama composicion literaria; y bajo este respecto, todas las comprendidas en este género deben estar sujetas á reglas comunes y reglas particulares. He aqui una division muy natural y muy sencilla. Pero con mas gusto nos sorprende aun el ver en una sola definicion las claves de todo un tratado. Se define la composicion literaria: „una serie de pensamientos „presentados bajo ciertas formas, enunciados con ciertas expresiones y distribuidos en cierto número de „cláusulas.” Desde aqui el autor nos permite registrar de una ojeada todo su plan, puesto que ya comprendemos que las reglas comunes á toda composicion literaria se distribuyen filosóficamente en cuatro partes principales: los pensamientos, sus formas, las expresiones y las cláusulas. Es imposible que se omita nada, desde que ha podido hacerse tal anuncio, ni que una particion tan exacta deje lugar al menor hueco. Aqui todo está

XXXIX.

deducido de la naturaleza misma de las ideas, todo fundado en el orden metafísico y todo correspondiente á la evidencia de razon. ¿Quando acabaríamos, si pretendiésemos seguir el progreso analítico en la calificacion de esta obra excelente? Baste decir, que el autor muy pocas veces abandona esta filosofia, incomparablemente mas útil que una crítica declamatoria donde se alaba ó vitupera con estudiadas frases, mas por desgracia sin llegar á descubrir sino muy accidentalmente un fundamento sólido que sostenga la crítica.

No ignoramos que el ARTE DE HABLAR tiene defectos; que Gomez Hermosilla ejerce mas bien la diatriba que el criterio, tratándose de ciertos escritores: que Balbuena y Lope merecian algun mas miramiento, á lo menos el de que presentase algo de lo bueno que tienen, á un lado de los pasajes que se les censuran; que algunas veces es obscuro, superficial otras, tal cual inexacto, y acaso tambien erróneo. Mas por fortuna esto no impide que la balanza se incline á su favor, y que al tiempo de exponerlo se suplan todos estos defectos y se enmienden todas estas imperfecciones. Este es un deber que nos hemos impuesto sin perdonar medio alguno para llenarlo.

La suma claridad con que el autor procede en todo el curso de la obra, claridad cuyo principio está en el orden natural y progresivo de las ideas, nos ahorra ciertamente la tarea de aquellas explicaciones que se dirigen á ilustrar el verdadero sentido del texto; pero esto no impide que se aumenten extraordinariamente los trabajos, por la naturaleza misma de esta clase de enseñanza. Es imposible que unas instituciones elementales basten á formar el buen gusto, si no van auxiliadas de una multitud de recursos absolutamente necesarios para el objeto. El buen gusto, Señores, no consiste ni en la posesion de las teorías del arte, ni en el uso indiscreto de los autores; puesto que lo primero produciría cuando mucho un razonador

frio, y lo segundo no sería capaz de proporcionar sino un tacto grosero y en extremo falible.

Se ha dicho que un institutista debe dar mas á los ejemplos que á los preceptos, y criticado con mucha acrimonia el ARTE DE HABLAR por el corto número de ejemplos que propone; y nosotros mismos hemos tenido ocasion de notar en otra parte que sin estos, constantemente repetidos y bien analizados, la instruccion es vana y el buen gusto no puede formarse; mas nunca hemos pensado que este aumento de ejemplos sea una obligacion del institutista, á quien basta uno solo para darse á entender, sino del profesor, que debe suplirlo todo multiplicando los medios de radicar profundamente en el espíritu de los alumnos todas las teorías del arte. Un corto número de principios deducidos de la natureleza de las cosas, desenvueltos con método y exactitud, y aplicados de continuo en la crítica literaria; he aqui lo único en mi concepto que puede ilustrar el raciocinio, rectificar la imaginacion y limar, por explicarme así, la sensibilidad, á fin de habilitarnos del todo para distinguir y graduar las bellezas, para conocer y censurar las imperfecciones. Un ejercicio constante y esmerado hará que acompañemos con tal frecuencia á los escritores, y nos iniciemos de tal modo en su verdadero mérito, que á fuerza de reconocer á cada paso el origen de sus extravios y el principio de su elevacion, nos encumbremos como ellos, sin extraviarnos; ó ya que la naturaleza nos haya rehusado tan felices dotes, tengamos á lo menos aquel habito finísimo, hijo del discernimiento, que califica y gusta sin engañarse.

He aqui el punto de vista que tenemos siempre delante para conducir á la juventud por el mas ameno de todos los estudios. Que aquellos alumnos á quienes la naturaleza haya concedido talentos y genio, sigan de continuo las huellas de los mejores maestros; y si no estan destinados á ilustrar la literatura con la elocuencia ó con la

poesia, desempeñen con dignidad sus destinos; y bien se consagren al foro, bien al ministerio eclesiástico, siquiera piensen con orden, hablen con exactitud y escriban con elegancia y correccion.

A fin de obtener unos resultados tan preciosos generalizando la utilidad del establecimiento, ha sido necesario egercitar de continuo las reglas del arte en el análisis literario de los autores. Mas cómo sostener la atencion de los jóvenes sin aquella variedad que á las composiciones comunican las diferencias notables del carácter, del estilo, y el objeto particular, el tono y demas cualidades del escritor? Hay cierta especie de necesidad, cuando se trata de sostener agradablemente los trabajos del espíritu, de huir cuanto sea posible la monotonía aun en aquellas cosas que pueden llamarse perfectas. He aqui la razon por que no quisimos limitarnos á la lectura de ciertos pasajes aislados que suelen servir de ejemplos en esta clase de enseñanza. Se avanzaria sin duda poco, si abandonándose los profesores á multiplicar el número de antítesis, concesiones, epifonemas, apóstrofes, hipérboles, alegorías, dialogismos, perifrasis, expresiones bien usadas, bien cortados periodos y pensamientos bien escogidos; se desentendiesen de buscar aquella variedad amena y en extremo satisfactoria con que brinda un plan rico y fecundo donde se hermanan y compiten la variedad, la sencillez y la armonía.

No gustamos en efecto con cierta especie de trasporte de admirar aquella fisonomia particular que tiene cada siglo, en la índole peculiar de sus escritores, en la grandeza ó decadencia de ciertas épocas literarias y en las relaciones intimas y maravillosas que existen entre el idioma y el genio en cada una de las edades? La noble y elegante sencillez de los escritores griegos, la fecundia y vehemente progresion que descubren los poetas y oradores latinos, el nuevo rumbo que la imaginacion, el talento y la sensibilidad, protegidos

XLII.

por el cristianismo han tomado en las edades modernas; esa especie de universalidad con que nos sorprende la literatura francesa en el siglo de Luis el Grande, y las mismas vicisitudes á que ha estado sujeta la literatura española, donde tan pronto vemos anunciarse una era notable en la historia general del espíritu humano, como eclipsarse la brillante gloria que derraman sobre su patria los mas grandes ingenios: todo esto, repito, ¿no es un pábulo continuo al ardor de saber, y un aliciente poderoso para el talento sublime, y una mina secundísima para el que no debe á la naturaleza singulares prerogativas en la distribucion de sus dotes?

Estas reflexiones muy naturales bastan para librar-nos de una manía que por otra parte no deja de ser comun, la de inclinarse á una literatura con exclusion absoluta y aun menosprecio de las otras. ¡Ojalá y al paso que se dilatan nuestros deseos de abarcar la literatura antigua y moderna, viéramos desaparecer los tropiezos que á cada paso y con demasiada frecuencia nos detienen! Mas ya que no nos es dado ni aun aspirar á tan abundante fruto, procuramos por lo menos acercarnos todo lo posible á estas ideas. Asi es que hemos procurado conocer y dar á conocer á Demóstenes en la traduccion francesa de Auger, á Ciceron, Salustio, Virgilio, Horacio, &c. en el original y en las mejores versiones tanto francesas como españolas que poseemos; á Bossuet, Flechier, y Beauvais en las oraciones fúnebres, á Massillon, Bourdaloue, Fenelon, &c. en los sermones morales; á Maury en los panegiricos, á Buffon y Jovellanos en los discursos académicos, á Vargas Ponce, Viera y Clavijo, y otros prosistas de igual mérito. En la poesía lirica no hemos salido de la España, sino es para ver hasta donde se han acercado los Navarretes á los Melendez, los Tagles á los Leones, los Heredias á los Quintanas, y á los Pesados, á los Herreras. Tal vez algunos extrañarán que no hayamos querido salvar los Pi-

XLIII.

rineos para admirar la inspiracion sublime de Corneille y de Racine, la melodiosa lira de Juan B. Rousseau, la musa del Homero frances, el severo númen de Boileau, los patrióticos raptos de Delavigne y las meditaciones dulces y melancólicas, y las armonías admirables y encantadoras de La Martine. Tal vez se nos tachará de mucha rudeza por no vernos ni una sola vez en la fecunda y gloriosa patria del Tasso, del Petrarca, del Ariosto y de Metastasio, en la cuna de Klopstoc, de Goette, y de Gesner, ó á las orillas del Tâmesis escuchando los ecos monótonos de Young, los turbulentos cantos de Sackespeare ó el desesperado acento de Lord Byron. Pero reflexiónese que apenas hemos dado los primeros pasos en esta indefinida carrera; y que nunca deberia perdonársenos el enorme delito literario de abandonar á los poetas españoles sin conocerlos, para buscar en otra parte los tesoros inagotables con que brindan á manos llenas al hombre de buen gusto. ¿Y donde mejor que en la lengua castellana deberémos buscar las galas y primores de una locucion verdaderamente poética? No ya faltándonos el conocimiento profundo de los idiomas modernos: pero aun cuando lo tuviésemos, siempre deberíamos comenzar por el estudio y análisis de los poetas castellanos. ¿Y no habrá cierta especie de crueldad en reprocharnos que de tiempo en tiempo analicemos con gusto las composiciones de nuestros mejicanos? Ciertó es que no podemos figurar en el viejo teatro de la Europa, pero no lo es menos que debemos observar continuamente la perfeccion ó imperfeccion de nuestros propios trabajos, y hasta que punto hemos adelantado en una carrera del todo nueva para nosotros. Pero sea lo que fuere, debemos al público la verdad; y para cumplir en un todo con este religioso deber, estamos en el caso de manifestar francamente los autores que se han escogido. Si la eleccion ha sido buena, la aprobacion que de ella se haga basta para recompensar nuestras tareas: si no lo ha sido, contamos con la

XLIV.

docilidad suficiente para someternos con gusto á las correcciones de una critica racional y decorosa. El orden de procedimientos que ofrece á la razon el método analítico para que adquiera el perfecto conocimiento de las cosas, basta para dar una idea del sistema que observamos en la critica literaria, ó de otro modo, en la práctica y aplicacion de las reglas del arte. Comenzando por lo mas compuesto, se examina el género, la clase y especie en donde se comprende la composicion: si es en prosa ó en verso: en el primer caso, si pertenece á la oratoria sagrada ó profana; si á la historia verdadera ó ficticia; si á la clase didáctica ó al género epistolar. En el segundo, si la poesia es directa, dramática ó mixta; si pertenece á la oda sagrada ó heroica; y para no entrar en pormenores, si debe referirse al género lírico, didáctico, descriptivo, á la comedia ó á la tragedia, á la sencillez y naturalidad pastoril, ó á la elevacion y sublimidad épica.

Cada uno de estos ramos se halla sujeto á principios fijos, en cuya fiel observancia está vinculada la perfeccion de las obras. La buena calificación depende del conocimiento de estos principios; y al tiempo de aplicarlos, se ve si estan bien observados, no solamente en los caractéres distintivos, sino tambien en las cualidades comunes á todas las composiciones literarias.

No basta pues hacer un análisis genérico que se refiera á toda la pieza; es necesario descender á los pormenores, analizando igualmente el pensamiento y su expresion, y considerando cada cláusula como un pequeño todo sujeto igualmente á reglas determinadas. Esta nimia exactitud en el exámen de los pormenores, como la que se habia observado para caracterizar toda la pieza, nos conduce á descubrir los atributos mas notables del estilo, el mérito del lenguaje y el tono de la composicion. No es extraño, por lo mismo, que despues de aplicar las reglas características prescindá-

XLV.

mos de ellas, por decirlo asi, ó nos limitemos por medio de la abstraccion á las reglas generales que deben observarse en todas las producciones del espíritu; es decir, á los pensamientos y sus formas, á las expresiones y á las cláusulas.

Tal es, Señores, el sistema que hemos adoptado para egercitar á nuestros alumnos en el uso de la palabra. Si no es el mejor, los resultados han sido felices. Vosotros los habeis visto y no con una mirada indiferente, sino con aquella satisfaccion íntima que tan dulcemente nos ha recompensado. Esta circunstancia me excusa de entrar en pormenores, tratándose de manifestar los frutos que hemos recogido, pues una reseña general basta para despertar en vuestras almas los dulces sentimientos que os ha inspirado, con motivo de las funciones públicas de Literatura, el ardiente amor que teneis á la juventud.

Grandes y penosos fueron por cierto los trabajos que impendimos, y muchos los inconvenientes que fué necesario vencer para sistemar esta cátedra en el Seminario. Abrir una nueva carrera en cualquiera género, aun cuando se cuenta con todos los elementos precisos, envuelve dificultades de tal naturaleza que no pocas veces obligan á renunciar á la empresa y á abandonar la carga: por que si la prevision atesora cuanto juzga podrá necesitar en el curso de las tareas, no conseguirá nunca suplir con la misma oportunidad las ventajas del hábito, las lecciones de la experiencia y aquellos medios que multiplica el solo hecho de hallarse ya una cátedra establecida. ¿Que será, pues, cuando no se cuenta ni aun con los materiales que independientemente del egercicio pueden reunirse? Tal era nuestra situacion cuando abrimos la cátedra de elocuencia. Si exceptuamos el talento y aplicacion de los alumnos, todo lo demas nos faltaba. Lo primero que supone el estudio de la elocuencia es un cabal conocimiento del idioma que se habla; mas como entre las cáte-